

»No habia mas distinciones ni señales, que la cruz que todos llevaban sobre el pecho, y de la que recibian la fortaleza y la confianza.

»Dejemos ahora á los citados escritores, describir el orden de la marcha: «Los príncipes y los capitanes que habian de conducir los difentes cuerpos de tropas de los cruzados, decidieron que no marcharian al mismo tiempo ni por el mismo camino, y que se reunirian en Constantinopla. La mayoría de la multitud no quiso aguardar: hallándose sin jefe, pidió á Pedro el Ermitaño que la condujese á Oriente; Pedro consintió en ello. Cubierto con un manto de lana, con una capucha en la cabeza y sandalias en los piés, montado en la mula con que habia recorrido la Europa, se dirigió á Constantinopla á la cabeza de 80 á 100,000 almas: el predicador de la cruzada convertido en jefe de aquella gran multitud de peregrinos, no pensó en los desórdenes y desgracias que habian de producir la tosca ignorancia, la imprevision y la indisciplina. La vanguardia del ejército de Pedro el Ermitaño, conducida por Gauthier Sans-Avoir, sólo contaba en sus filas con ocho ginetes; toda la demas gente iba á la conquista de Oriente, pidiendo limosna. Esta vanguardia llegó á Constantinopla despues de una marcha de dos meses, triste y desastrosa, pasando por la Hungría y la Bulgaria. El emperador Alejo le permitió que aguardase el ejército de Pedro el Ermitaño. Este ejército siguiendo el camino que habian recorrido los soldados de Gauthier Sans-Avoir, halló las huellas de desgracias que quiso vengar imprudentemente. Mancilló en Semlin la causa de la cruzada con excesos horribles, que fueron expiados cruelmente bajo los muros de Nicea. Cuando los restos de la tropa de Pedro el Ermitaño se unieron con la de la vanguardia en torno de la capital del imperio griego, juraron observar la disciplina y obedecer los sábios preceptos que se les daban. Pedro el Ermitaño fué un gran objeto de curiosidad en la corte imperial; Alejo le colmó de regalos, hizo distribuir dinero y víveres á su ejército, y le aconsejó esperase la llegada de los príncipes para comenzar la guerra

»Pero los príncipes y los verdaderos jefes de la cruzada no habian salido todavía de Europa; aun habian de precederles nuevas tropas semejantes á las de Gauthier SansAvoir y Pedro el Ermita-

ño. Un sacerdote del Palatinado llamado Gotschalk partió con 15 á 20,000 hombres de diferentes provincias de Alemania que habian tomado las armas á su voz: la tropa de Gotschalk se entregó á todos los furores de la licencia al pasar por la Hungría y pereció miserablemente acuchillada por los húngaros. Otra multitud de peregrinos de las orillas del Rhin y del Mossela se puso en marcha, llevando á su frente á un sacerdote llamado Volkmar y el conde Emicon; esta multitud compuesta de vagamundos y de aventureros, dirigidos por jefes que comprendian mal el espíritu de la cruzada, eligió por primeros enemigos á cuantos judíos encontró; una matanza espantosa ensangrentó varias ciudades de Alemania; el Rhin y el Mossela arrastraron cadáveres de isrraelitas. Despues de estas escenas de carnicería, los soldados de Emicon, adelantándose hácia la Hungría, veian á los pueblos huir cuando ellos se acercaban. Megsburgo les habia cerrado sus puertas y negado víveres. La mayor parte de aquellos cruzados indignos, hallaron la muerte bajo los muros de la ciudad de Megsburgo, á la que habian puesto sitio inútilmente; solo un escaso número de la vanguardia de la tropa de Emicon llegó á Constantinopla.»

«Al finalizar este párrafo daremos nuestra opinion acerca de estos excesos cometidos por las tropas. Verdaderamente desconocian aquellas el espíritu de las cruzadas, toda vez que obraron con una ferocidad mas digna de paganos que de defensores de una religion que tiene por base la caridad y cuyos individuos deben estar revestidos de mansedumbre. ¿Como podia ser agradable á Jesucristo que desde el arbol de la cruz imploró el perdon de sus enemigos, el que los que iban en su nombre á conquistar los santos Lugares donde vertiera su sangre por el rescate de la humanidad, obrasen con aquella crueldad y fuesen sembrando por todas partes la desolacion y el espanto?

»Empero hemos de ser justos y dejar los hechos en su lugar respectivo. ¿Eran aquellos los verdaderos cruzados? No. Detrás de ellos venian los principales jefes al frente de las numerosas tropas que animadas por un espíritu verdaderamente cristiano, se diferenciaban en mucho de las bandas dispersas de la Bulgaria, la Hungría y la Bitinia. Estos no eran mas que aventureros que pa-

garon bien caro su punible modo de obrar. Podemos, pues, por lo tanto, llamar hechos aislados á los que acabamos de citar, y ver despues de ellos el principio de la cruzada.

»Godofredo de Bullon, duque de Lorena, descendiente por parte de su madre de Carlo-Magno, era uno de los jefes de la cruzada que habia reunido bajo sus banderas 80,000 infantes y 10,000 ginetes. Godofredo quiso expiar de este modo la falta que habia cometido, defendiendo antes la injusta causa del antipapa rival de San Gregorio VII y de sus sucesores, y en verdad que logró su objeto pues que se portó como bueno, siendo un verdadero adalid de la causa de la religion. Llevaba en su compañía á sus hermanos Eustaquio de Boulogne y Balduino, y á su primo Balduino de Bourg, é iba tambien acompañado de personas tan distinguidas como Balduino, conde de Hainaut, Garnier, conde de Grai, Conon de Montaigu, Dudon de Goutz, los dos hermanos Enrique y Godofredo de Hache, Geraldo de Cherisi, Reinardo y Pedro de Toul, Hugo de San Pablo y su hijo Engelrando, con otros muchos señores que iban bajo la direccion y órdenes de estos jefes.

»Los franceses y los italianos habian formado tambien numerosos ejércitos dispuestos á tomar una parte activa en la guerra santa, agregándose tambien algunos españoles, no obstante que la España luchaba todavia con los musulmanes sus poseedores. Hé aquí algunos nombres de los mas ilustres entre los cruzados, que habia conservado la historia y que reproducimos de los citados escritores. Heraclio, conde de Polignac, Pons de Balazun, Guillermo de Sabran, Eleazar de Montredor, Pedro Bernardo de Montagnac, Eleazar de Castrie, Raimundo de Lille, Pedro Raimundo de Hautpoul, Goussier de Laustours, Guillermo V, señor de Montpellier, Rugiero, conde de Foix, Raimundo Pelet, señor de Alais, Isardo conde de Die, Raimbaud, conde de Orange, Guillermo, conde de Forez, Guillermo, conde de Clermont, Gereldo hijo de Guillabert, conde de Rosellon, Gaston, vizconde de Bearne, Guillermo Amanjeu de Albret, Raimundo, vizconde de Castillon y Guillermo de Urgel, conde de Forcalquier. Los obispos de Apt, de Lodeve y de Rauge y el arzobispo de Toledo. Tales fueron las ilustres personas que al frente de su numeroso ejército

se dirigian con el ánimo resuelto á tomar á Jerusalem, reuniéndose entre todos unos cien mil cruzados.

»Grandes fueron los temores del emperador Alejo Comneno, que si habia tratado de deshacerse de la invasion musulmana pidiendo socorro al Occidente, esperaba nuevos desastres al tener conocimiento de cuan numerosas eran las tropas que al Oriente se dirigian. El monarca griego trató de comprar la paz á toda costa, no perdonando ninguna clase de humillaciones. No tenia necesidad de valerse de medios pérfidos porque aquel ejército juramentado, llevaba tan solamente un objeto y no pensaba ir mas allá; esto no obstante, los temores que abrigaba, le hicieron hacer toda clase de bajezas ante los latinos, consiguiendo por estos medios que muchos de los príncipes le rindiesen un pasagero homenaje.

»Los musulmanes por su parte, llenos de temor, determinaron defenderse y reuniendo un grueso ejército fortificaron la ciudad de Nicea, conociendo que á ella habian de dirigirse ántes que á ninguna otra los cristianos. Hallábase situada esta ciudad, capital de Bitinia en las orillas del lago Arcanio, que comunicaba con el mar de Marmara ó mar Muerto, y sus muros estaban defendidos por 370 torres de ladrillos ó de piedra. El sultan *Kilig-Arslan* al frente de un ejército de cien mil hombres ocupaba las montañas inmediatas á Nicea, cuya ciudad fué en efecto sitiada en número de quinientos mil infantes y cien mil ginetes. A los pocos días de sitio y habiendo aparecido una vanguardia de diez mil enemigos, empezó una encarnizada lucha que duró cerca de doce horas durante las cuales se cruzaron multitud de flechas, que causaron terribles estragos en ambos ejércitos, hasta que por fin, las tropas cristianas alcanzaron la victoria no sin haber experimentado la pérdida de dos mil hombres, si bien los musulmanes dejaron en la llanura cuatro mil cadáveres. Despues de esta victoria y habiendo tomado la fuga los enemigos, volvieron los cristianos á sostener el sitio de la ciudad.

Indudablemente Nicea hubiera quedado en poder de los cruzados, si no hubiera sido por la perfidia del emperador Alejo que deseando poseer aquella ciudad, arregló las cosas de un modo conveniente á sus fines, pues que penetrando en Nicea un oficial

griego, les dijo á los sitiados que no tenian otro medio de librarse de la venganza de los cruzados que someterse al emperador de Constantinopla. Ellos lo creyeron y al poco tiempo los cruzados vieron con admiracion ondear sobre los torreones las banderas de Alejo. Grande fué la indignacion de las tropas, pero al fin levantaron el sitio y el falso emperador quedó dueño de la ciudad, y los latinos continuaron su viaje hacia la Siria y la Palestina.

»Grandes trabajos experimentaron en estas trayesias los cristianos, que tuvieron que sufrir tambien por la escasez de aguas en los dilatados desiertos que tenian que atravesar. Llegaron á la antigua Calas, ciudad ocupada por los turcos, y que tardó muy poco en caer en poder de los cruzados. Tomada esta plaza quedaba desembarazado el camino para Antioquía. Los musulmanes trabajaron mucho por defenderla, pero todos sus esfuerzos fracasaron ante el valor del numeroso ejército cristiano, por lo que se vieron obligados á abandonarla. Otra nueva victoria vino á coronar la anterior. Era necesario atravesar el puente del Oronto, el cual habia sido ocupado por guerreros musulmanes que habian llevado á ambas orillas numerosos batallones. Los cruzados avanzaron en buen orden y sin grandes esfuerzos consiguieron que los musulmanes huyesen precipitadamente temerosos de la muerte que les aguardaba.

»Los cruzados continuaron su marcha hacia la Siria y la Palestina. Las tropas iban divididas en dos cuerpos de ejércitos, el uno de los cuales era mandado por Godofredo, Raimundo, Adhemar, Hugo el grande y el conde de Flandes, y el otro que era el ménos numeroso tenia por jefes á Bohemundo, Tancredo y el duque de Normandía. Al llegar éste al valle de *Gorgoni* fué sorprendido de improviso por el enemigo que se precipitó desde lo alto de las montañas. La lucha fué violenta. Los cristianos hacian prodigios de valor, pero el número de ellos era inferior al de los musulmanes, y todo hacia preveer que iban á quedar en derrota; pero despues de muchas horas de sostener la desigual lucha, llegó el ejército de Godofredo, con el cual, reforzado el de Bohemundo, consiguió la victoria, dejando los musulmanes muertos sobre el campo de batalla 3,000 oficiales y mas de 20,000 soldados y quedando el valle de *Gorgoni* en poder de los vencedores, Los cruzados perdieron

tambien unos 4,000 hombres. Esta fué la primera batalla de los cruzados y es conocida en la historia con el nombre de Dorilea, por lo próxima que estaba esta ciudad al valle donde tuvo lugar.

»Al poco tiempo las tropas cristianas entraron en Antioqueta dondê no hallaron la menor resistencia, pudiendo allí descansar por espacio de algunos días. Despues continuaron su viaje hasta que se hallaron á cuatro horas de distancia de la capital de la Siria.

»La conquista de Antioquía presentaba muchas dificultades: sus fortificaciones eran imponentes. Por la parte del Norte corria el rio Oronto al pié de sus murallas en todas las cuales habia 130 torres. Las murallas como las de todas las de las antiguas plazas de armas estaban almenadas, llegando las almenas que habia en Antioquía, segun un escritor árabe al número de 24,000. La guarnición que estaba encerrada en la plaza se componia de 20,000 infantes y 7,000 caballos. Ya tenian noticias circunstanciadas de todo esto los jefes del ejército cristiano, por lo que al acampar á cuatro horas de distancia de la ciudad, segun ya hemos manifestado, exhortaron á las tropas, no ocultándoles los grandes peligros á que iban á exponerse.

»Pasaron revista y vieron que eran cien mil caballeros armados, cuatrocientos mil soldados de infanteria y unas cien mil personas más entre mujeres, sirvientes, proveedores y otras gentes inútiles para la guerra. No obstante que se aproximaba el invierno que es la peor estacion para emprender guerras, se resolvieron á poner sitio á Antioquía, y así lo hicieron sin pérdida de tiempo.

»A vista de que eran tantos en número, creyeron que se les abrian las puertas de la ciudad, y así en los primeros días de sitio no hicieron otra cosa que descansar de las pasadas fatigas; pero no fué así y por el contrario los sitiados en varias salidas que hicieron quitaron la vida á algunos cruzados que se habian esparramado por aquellas llanuras. Las fortificaciones de la ciudad y el caer los cruzados de máquinas de guerra, eran causa de que los valerosos cristianos se viesen imposibilitados de asaltar la plaza y que permaneciesen por mucho tiempo esperándolo todo del desaliento de los sitiados ó mas bien de los auxilios del cielo. Así fué que los víveres tocaban á su término y se empezó á temer el hambre. Para

prevenirla, un gran número de peregrinos dirigidos por Bohemundo y por Roberto de Flandes se dirigieron al territorio de Harene, regresando al poco tiempo con muchos caballos cargados de provisiones, pero estas se consumieron al poco tiempo, y el hambre, junto con el frío propio de la estación, causaron muchos estragos. Hé aquí la triste narración que hacen los citados historiadores de las cruzadas: «En cada día el frío, el hambre y las enfermedades, »aumentaban los sufrimientos del ejército y abrian sepulturas para »nuevas víctimas. Los sacerdotes no bastaban para recitar las oraciones de los muertos y faltaba espacio para las sepulturas. Las »crónicas, al describir los estragos del hambre, nos representan á »los caballeros pálidos y cubiertos de andrajos, arrancando con »un hierro puntiagudo las raíces de las plantas, despojando á los »surcos de las semillas recién sembradas, y disputando al ganado »la yerba de los pastos. Los caballos de batalla habían perecido »por falta de alimento; al principio del sitio se contaban hasta »70,000; á la sazón solo quedaban 2,000 arrastrándose penosamente en torno de las tiendas podridas por las lluvias del invierno. A »todos estos males se agregaba la deserción. El duque de Normandía, que se había retirado á Laodicea, solo volvió después de tres »intimaciones hechas en nombre de la religión y de Jesucristo. La »deserción de Guillermo Charpentier y la de otros caballeros fueron motivos de desaliento y de escándalo. ¡Contraste inaudito! la »corrupción se mostró en medio de la miseria más espantosa; bajo »las tiendas de los cruzados se vieron juntas la voluptuosidad y el »hambre. Adhemar persiguió con su palabra severa á los libertinos »y á los blasfemos; un tribunal compuesto de los personajes »principales del ejército y del clero, quedó encargado de perseguir y castigar á los delincuentes.»

»Las exhortaciones de Adhemar, y los castigos impuestos por el tribunal establecido, hicieron que renaciera la confianza y se restableciera la disciplina, y todos de consuno se dedicaron á trabajar en el sitio, ganosos de dar feliz cima á su obra y que terminasen de este modo los grandes trabajos que venían experimentando.

»Por fin, al cabo de siete meses, los cruzados quedaron dueños de la ciudad, pero los musulmanes conservaban la ciudadela. El hambre fué entonces muy excesiva, tanto, que trataban de entre-

garse: pero un clérigo de Provenza llamado Bartolomé, se presentó ante el consejo de los jefes y les refirió que había tenido un sueño, en el cual por medio de San Andrés apóstol se le había avisado que en la Iglesia de San Pedro de Antioquía, estaba enterrada la lanza con que fué herido el costado del Señor, y que aquel hierro sagrado llevado al frente del ejército había de dar el triunfo á los cristianos. Cavóse en el sitio indicado por el sacerdote y en una gran profundidad se halló la lanza. Este prodigio inspiró tanto ánimo á los cruzados, que arrojándose sobre el ejército turco le derrotaron completamente, y se apoderaron de su campo donde encontraron víveres, municiones é inmensas riquezas. Así aquellas numerosas tropas que se habían visto próximas á percer víctimas del hambre, pudieron satisfacer cumplidamente su necesidad, renaciendo la alegría en todos los semblantes. Las iglesias de Antioquía fueron purificadas, y en ellas volvióse á practicar el culto católico con el mayor esplendor. Bohemundo quedó príncipe de aquella ciudad, el terror de las armas cristianas movía á los Emires ó soberanos de pequeños estados moros á buscar la paz con los cruzados ofreciéndoles tributos y paso hasta Jerusalem. El califa fatimita de Egipto había ofrecido auxiliarlos para esta conquista, y realmente envió un ejército respetable, que se apoderó de la Santa ciudad, mientras que los turcos estaban luchando, ó eran derrotados por los francos. Mas el califa faltando claramente á lo pactado, quiso quedarse con ella, alegando que los turcos cuarenta años ántes la habían quitado á su padre, y que á los cristianos les bastaba la libertad que ofrecía concederles, de visitar los Santos Lugares.

»El ejército cristiano llegó á las cercanías de Jerusalem. Este debía ser el término de su peregrinación, este era el objeto de sus ansias. No se puede nombrar la ciudad santa, ni ménos visitar aquellos lugares santificados por la sangre de Jesucristo, sin que las lágrimas asomen á los ojos. Séanos permitido hacer una corta digresión, para reproducir aquí el entusiasta saludo que San Bernardo hace á Jerusalem: «Yo te saludo, santa ciudad, tabernáculo que el Altísimo santificó para salvar en tí y por tí al linaje humano. Yo te saludo, ciudad del gran rey, donde casi sin interrupción desde el principio del mundo se han obrado milagros sobre milagros.